

Amor, lealtad y sexualidad: la entrega del cuerpo en el amor matrimonial

1. La educación del pudor: el cuerpo humano, un cuerpo personal¹

La cabal comprensión del amor humano y, dentro de él, del amor matrimonial, exige una adecuada educación del pudor, que ha de comenzar ya en edades tempranas, sobre todo por la vía del ejemplo, y prolongarse durante los años de la pubertad hasta enraizar en la persona como una virtud transversal.

Desde el momento en que el desarrollo intelectual y un adecuado uso de razón permitan analizar la virtud del pudor y aprehenderla conceptualmente, conviene enmarcarla en el ámbito que le es propio: el de la intimidad. Con ello se evitará constreñir el pudor al aspecto más corporal, que siendo importante, no es el único, al tiempo que propiciará un armónico desarrollo psicoafectivo.

[Richard Cohen]

El pudor está presente en el hombre porque tiene intimidad. Tiende a ocultar hechos exteriores o estados interiores. Pero este disimulo no está directamente vinculado a algo malo (hay quien, por pudor, disimula lo bueno). No es, pues, primariamente moral, sino que se vincula a la experiencia de no querer exteriorizar lo que ha de permanecer oculto en la intimidad de la persona. El pudor, eso sí, es el germen de la castidad.

El pudor sexual es aquel que se manifiesta respecto de las partes y órganos que determinan el sexo. Busca evitar que el otro confunda lo que ve con lo que soy: *mi cuerpo es más que mi cuerpo*, pretende decir el pudor. *No me mires como a un objeto, soy un cuerpo personal, tengo un dentro que también forma parte de mí.*

Su primera manifestación es el vestido, que tiene que ver también con la manifestación de mi personalidad expresada en la forma de vestir, que individualiza mientras que la desnudez estandariza hasta

¹ El presente apartado está tomado del trabajo de Juan de Dios Larrú "El significado personalista de la experiencia del pudor en K. Wojtyla", publicado en la obra colectiva "La filosofía personalista de Karol Wojtyla, coordinada por Juan Manuel Burgos, Editorial Palabra, Madrid, 2007.

hacer desaparecer la individualidad. Pero pudor no se identifica con vestido ni impudicia con desnudez, pues el vestido puede servir tanto para ocultar como para evidenciar los valores sexuales (basta con ver un video de Madonna o Lady Gaga). El ejemplo clásico para ilustrar esta diferencia es el de la mujer desnuda que posa para un artista. La modelo no experimenta pudor ante la mirada del artista, pero si dos jóvenes se asoman a la ventana, siente vergüenza. Y, de la misma manera que un vestido puede ser impúdico, también la desnudez puede ser púdica. Así sucede en aquellos casos en que cumple una función objetiva (que el médico me reconozca, la unión sexual con mi esposo...) y solo se convierte en impúdica cuando aquella desaparece.

Benedicto XVI, en el discurso del XXV aniversario del Instituto de la Familia Juan Pablo II, tuvo ocasión de explicar la correcta visión del cuerpo humano como lugar donde habita el espíritu. Y lo hizo recordando una anécdota de Paolo Veronese, quien, poco después de la muerte de Miguel Ángel, había pintado una Última Cena en la que había incluido algunas figuras inapropiadas (soldados alemanes, enanos, borrachos sangrando por la nariz...). Al ser llamado por la Inquisición y no lograr convencerles, el pintor respondió que también en la Capilla Sixtina los cuerpos de Nuestra Señora, del Salvador y de todos los demás estaban representados desnudos, con poca reverencia.

"Fue el mismo inquisidor el que defendió a Miguel Ángel -explicaba el Santo Padre- con una respuesta que se hizo famosa: '¿No sabes que en estas figuras no hay nada que no sea espíritu?'

"En la actualidad nos cuesta entender estas palabras -reconoció el papa- porque el cuerpo aparece como materia inerte, pesada, opuesta al conocimiento y a la libertad propias del espíritu. Pero los cuerpos pintados por Miguel Ángel están llenos de luz, vida, esplendor.

"Quería mostrar, de esta manera, que nuestros cuerpos esconden un misterio -continuó el Papa-. En ellos el espíritu se manifiesta y actúa. Están llamados a ser cuerpos espirituales".

Naturalmente, el pudor es educable. En distintas culturas hay distintas vivencias del pudor. Hay que aceptar que hay una cierta relatividad en la definición de lo impúdico. Sin embargo, el impudor mismo no es relativo, pues lleva a cabo una despersonalización por la sexualidad, que aparece groseramente estándar e indiferenciable. El pudor oculta los valores sexuales para no convertir el cuerpo en mero objeto de placer, en instrumento a disposición del otro, con la degradación que ello supone.

Conviene aquí evitar los extremos, que pueden llevar al pansexualismo de cierta cultura actual o a la pudibundez de ciertas aproximaciones meramente formales y reglamentistas, lo que ha de lograrse por la vía del conocimiento, de la comprensión del verdadero valor y sentido del pudor.

Un aspecto importante en la educación del pudor es insistir en la diferente vivencia del pudor, y, por lo tanto, de la sexualidad, en el hombre y en la mujer, no por conocida mejor comprendida ni mejor respetada .

El varón tiene una sensualidad más fuerte y acentuada. Percibe los valores sexuales muy corporalmente y los experimenta de manera más instintiva e impetuosa. Es más vulnerable a ver el cuerpo de la mujer como mero objeto de placer. Su mirada instintiva es una mirada anatómica. Al mismo tiempo, el hombre educado en el pudor, siente vergüenza por esta tendencia más instintiva que le cuesta controlar.

La mujer experimenta una sensualidad más afectiva, menos corporal, más espiritual, si se quiere. Percibe más los valores personales que los sexuales. Su mirada del varón no es anatómica, sino psíquica, penetra antes y mejor que el varón la personalidad. Edith Stein lo explica de manera mucho más poética: *“yo pienso que la relación entre alma y cuerpo no es completamente la misma, que la unión natural al cuerpo es de ordinario más íntima en la mujer. Me parece que el alma de la mujer vive y está presente con mayor fuerza en todas las partes del cuerpo y que queda afectada interiormente por todo aquello que ocurre al cuerpo”*.

Curiosamente, al no encontrar en sí misma una sensualidad tan fuerte como la del hombre, la mujer siente menos necesidad de esconder su cuerpo, objeto de posible placer, porque le cuesta más concebir la contemplación de un cuerpo desprendido de la persona, del espíritu. Se da, pues, la paradoja de que la mujer, siendo originariamente más casta, le resulta más difícil vivir la experiencia del pudor.

Esta realidad tiene consecuencias muy interesantes a la hora de educar en el pudor. El abandono de la educación en el pudor de nuestros adolescentes genera que las jóvenes no conocen la psicología sexual masculina y viceversa, de modo que al varón no se le enseña que la vivencia de la sexualidad por la mujer exige que él aprenda a integrar la sensualidad en la afectividad, y a la mujer no se le explica que el varón difícilmente verá afectividad en las demostraciones de sensualidad.

También tiene consecuencias relevantes en la relación matrimonial, algunas casi contradictorias. Si, por una parte, en los niveles más superficiales y frívolos, se ha producido una masculinización de la aproximación al sexo por parte de la mujer, a la que se fuerza a adoptar roles y modos masculinos, más tendentes a la mera percepción de lo carnal; por otra, en los estadios más cultivados se experimenta una cierta feminización de la vivencia sexual, de modo que muchas mujeres rechazan, por considerarla impropia del ser humano, la atracción meramente corporal que generan en el varón, quien se siente casi culpable de percibirla así, sin más, y, en casos extremos, no se atreve a solicitar la relación íntima.

2. La entrega del cuerpo es la entrega de mí mismo²

El camino para superar esta visión degradante de la persona, como mero cuerpo-objeto, es la consideración del propio cuerpo como un cuerpo personal, en que lo material (la parte orgánica) y lo inmaterial (el espíritu) están íntimamente unidos, en una simbiosis tal que no es posible la escisión. Todo lo que afecta a mi cuerpo tiene reflejo en mi espíritu, y viceversa.

Solo así se puede entender el significado de entrega esponsal, que es entrega del cuerpo y del espíritu en el grado y medida en que cada una de estas realidades pueden entregarse y, al mismo tiempo, con la interdependencia e influencia mutua que cada una ejerce en la otra.

Lo constitutivo del amor es la entrega, la entrega cabal de la persona. Ahora bien, esa entrega se realiza en distintos grados. Es cierto que debemos amar a todo el mundo. Y podemos hacerlo, porque el amor como valor espiritual no desmerece ni disminuye, al contrario, se intensifica cuanta más gente participa de él. Esto sucede con todos los bienes o realidades espirituales (alegría, emoción, tristeza..., cuanta más gente participa de ellos, más intensos son). Sin embargo, los bienes materiales, también los temporales, sí desmerecen y disminuyen cuanta más gente los posee (tocan a menos: cantidad: un pastel, espacio: las gradas un estadio de fútbol, o el tiempo, que siendo inmaterial es medible: un coche de alquiler).

"Si nuestro cuerpo está llamado a ser espiritual, ¿no deberá ser su historia la de la alianza entre el cuerpo y el espíritu? De hecho, lejos de oponerse al espíritu, el cuerpo es el lugar donde el espíritu habita.

² En este apartado se sigue a Tomás Melendo Granados, en "Ocho lecciones sobre el amor humano", Ediciones Rialp, Madrid, 1992, págs. 137 y ss.

A la luz de esto, es posible entender que nuestros cuerpos no son materia inerte, pesada, sino que hablan, si sabemos escuchar, con el lenguaje del amor verdadero"³

El hombre no es puro espíritu, sino cuerpo y alma, como hemos dicho, y expresa su amor a través del cuerpo, y en distintos grados (no es lo mismo amar a un cliente que a un marido: al primero se le da la mano, al segundo la intimidad corporal; el amor al primero exige sólo tratarle como persona y con justicia, el amor al segundo exige la entrega plena).

El cuerpo expresa el grado de amor: un apretón de manos, un guiño, una caricia, un beso, una relación sexual plena: ésta última es el corolario de un amor total. Por lo tanto, el amor corporal va disminuyendo su ámbito de expansión a medida que la entrega crece en intensidad.

Cuando la entrega es total, cuando incluye la intimidad corporal, "la capacidad procreadora con todas las dimensiones que la enriquecen" (es decir, afectos, confidencias, caricias, atenciones...), ha de ser única y exclusiva, a una sola persona; si no, no es completa, pues lo determinado por la materia sólo puede ser poseído plena y absolutamente por uno solo. La donación parcial (reservándose el derecho de donar el cuerpo a otros, por ejemplo) es incompatible con la dignidad de la persona humana y su carácter pleno e indivisible. La entrega implica dar la posesión de nuestro cuerpo a nuestro cónyuge para que lo posea no al modo en que las cosas se poseen, sino al modo en que posee su propio cuerpo.

El sexo como objeto, desprendido de su condición personal (de su pertenencia e integración en una persona determinada), acaba dañando, lastrando a la persona que cae en sus redes.

En una perspectiva superficial, frívola, cabe contemplar la relación sexual como un mero divertimento y pensar que no afectará a nuestro ser en lo profundo, porque no le damos ninguna importancia. Pero este enfoque procede de una visión ingenua y poco ilustrada. Como hemos dicho, el sexo es la persona; mi cuerpo soy yo, y todo lo que a él acontece, a mí me pasa. Si trato a mi sexualidad como a un objeto, me hago yo objeto con ella... y me incapacito para amar.

Además, el efecto unitivo propio de la relación sexual sigue actuando a este nivel, pero su orientación es errónea, equívoca. En cada relación sexual se deja algo de uno mismo porque, a pesar de que se

³ Benedicto XVI, Discurso del XXV aniversario del Instituto de la Familia Juan Pablo II, 13 de mayo de 2011.

la maltrate y se abuse de ella en un entorno inadecuado, por su misma grandeza sigue tendiendo a la entrega, a la donación, con lo que uno se va vaciando por dentro, perdiendo a jirones la capacidad de amar por entero. Cada nueva relación añade un nuevo desgarró y nos aleja del amor verdadero.

En el fondo, esa relación que parece personal se mueve en los niveles inferiores y subordina lo personal a lo genital (en el mejor de los casos, a lo emocional). En ocasiones, de hecho, el rechazo de lo espiritual y su exclusión son tan burdos (prostitución, promiscuidad donjuanesca...) que la relación propiamente dicha no se entabla con una persona, sino con un cuerpo des-personalizado. Entonces, la asimilación y mutua dependencia que este sucedáneo del amor procura no se produce con una persona, sino con un cuerpo, con una materia, lo que provoca un acercamiento, una identificación y una dependencia respecto de una realidad muy inferior a nosotros mismos: un cuerpo desasido de la persona que es (si esto fuera ontológicamente posible).

Se experimenta entonces una pérdida de libertad. Surge una dependencia del placer sexual difícil de vencer, un ligamen solo corporal —genital— que nos engaña bajo el disfraz de una relación interpersonal. Todas nuestras facultades quedan 'tocadas', hipotecadas por esta experiencia, que permanecerá en nuestra memoria, desorientará nuestra inteligencia y debilitará nuestra voluntad. En el futuro, nuestra libertad estará comprometida porque esa experiencia, aunque no lo percibiéramos, habrá implicado a toda nuestra persona y, en cierto modo, nos habrá encadenado. En adelante, arrastraremos una carga que condicionará nuestros movimientos futuros. Naturalmente que podremos alcanzar las mismas cotas de libertad de alguien que no hay tenido esa experiencia (en mi intervención de ayer insistí en esta idea), y aún más, pero con mayor esfuerzo. Habrá que desandar el camino andado, lo que no siempre es fácil.

Esta realidad explica el poder adictivo de la sexualidad. Cuando el sexo se desgaja de la persona y se reduce a un objeto, no llega nunca a saciar los anhelos profundos del corazón humano y se cae en una espiral de insatisfacción similar a la que se produce cuando centramos nuestra atención y ponemos nuestras aspiraciones en los objetos y no en las personas. Al igual que sucede a tantas personas con los aparatos electrónicos, quien cae en la red del sexo despersonalizado va siempre en pos de lo último, lo nuevo, lo máximo de placer que pueda procurar, pues ese es el único efecto que va a experimentar.

Cuando la relación sexual se enmarca en una donación mutua y total esto no sucede. No hay aquí merma, sino desarrollo, evolución, progreso de la libertad. La libertad se conquista a golpes de libertad o, si se prefiere, a golpes de elección. Escogido el camino del matrimonio con un compromiso firme y para siempre, la libertad ha actuado en el sentido recto, ha elegido bien y se abre ante ella un nuevo horizonte en el que hacerla fructificar. La relación sexual cobra entonces todo su sentido, se eleva al plano que le es propio, se engrandece en el entorno adecuado, el de la persona en su integridad, y los actos sexuales no encuentran como destinatario un cuerpo cualquiera, sino un cuerpo personal, el de la persona amada. Para dos que han decidido emprender un mismo camino, alcanzar unas mismas metas, compartir una vida y donarse todo mutuamente, la unión y el ligamen que la relación sexual genera es una ventaja y no un obstáculo. Para dos que no han 'hecho' esa opción, la relación sexual se convierte en una atadura absurda que acaba siendo una rémora para la trayectoria individual de cada uno de ellos, pues les sujeta a la otra persona o a su cuerpo o genitalidad y no les deja en libertad para seguir su camino. El efecto unitivo de la relación sexual tiende, además, a prolongarse indefinidamente y, también indefinidamente, reclama su presencia, lo que constituye, de nuevo, una gran ventaja en el seno del matrimonio y un gran obstáculo fuera de él.

3. La castidad matrimonial como afirmación del amor, garantía de la fidelidad

3.1.- La castidad, virtud afirmativa

La castidad es uno de los tabúes modernos. Nadie se atreve a hablar de ella, casi ni a mencionarla, Hacerlo implica aceptar que le sitúen a uno en la caverna, en un estadio ya superado de la humanidad.

Y, sin embargo, es la virtud que eleva, engrandece y asegura el amor. San Josemaría decía que es virtud afirmativa, "afirmación gozosa". Y, en efecto, contrariamente a lo que se piensa, es virtud afirmativa, no negativa. Pero esto hay que saber explicarlo.

"La verdadera fascinación de la sexualidad nace de la grandeza de este horizonte que se abre: la belleza integral, el universo de la otra persona y del 'nosotros' que nace de la unión, la promesa de comunión que allí se esconde, la fecundidad nueva, el camino que el amor abre hacia Dios, fuente de amor", explicaba Benedicto XVI en el discurso antes comentado.

El objeto propio de la virtud de la castidad no es la negación sino la afirmación del amor. Ninguna virtud puede dirigirse a la negación.

Los actos más característicos de la virtud de la castidad, tanto en el celibato como en el matrimonio, son positivos, afirmativos. No consisten en anegar, sino en fomentar el amor con todas las facultades humanas: inteligencia, voluntad y afectividad. Avivando e impulsando el amor es como se fortalece y desarrolla esta virtud.

¿En qué consiste la afirmación? La inteligencia descubre la bondad, la belleza y la verdad que hay en amar a la persona amada (sea esta humana o divina), y mueve a la voluntad. La voluntad, al ir en pos de la persona amada, arrastra al sentimiento, lo alimenta y lo re-crea (vuelve a crear, cuando es necesario), y el sentimiento acaba convirtiéndose, a su vez, en la prolongación de la voluntad que quiere entonces conocer más, y así indefinidamente en una espiral interminable.

¿Cuáles son los actos afirmativos? Todos los que tienen que ver con la vivencia y estímulo del amor: el conocimiento, el trato, la dedicación de tiempo, la atención, los detalles de cariño, las palabras, el recuerdo, la presencia, la ternura... Nada asegura más la fidelidad que el enamoramiento, bien sea de Dios, en el caso del célibe, bien sea del cónyuge, en el caso de los esposos, cuyo amor, naturalmente, no excluye el amor a Dios. A Dios hay que amarle también con los sentidos, con la afectividad, porque tenemos un solo corazón para amar; no deja de llamar la atención que el amor más "sentimental" lo hayan escrito los místicos.

Entendida de esta forma la castidad, como virtud afirmativa, se comprende que en ella no hay negación, sino elección. Toda elección, toda trayectoria implica la renuncia a las otras opciones que no son la escogida, esta es la condición de la libertad humana. Pero esa renuncia no es el objeto propio de la virtud de la castidad, su objeto propio es la persona elegida, y la consecuencia es la renuncia a las demás.

3.2.- Castidad matrimonial: afirmación de la persona amada

La diferencia esencial entre la castidad del célibe y del casado consiste en las consecuencias de la elección (los dos eligen al amor, aunque con distintos matices). En el primer caso, al entregarse enteramente a un ser espiritual, Dios, las manifestaciones corporales de la sexualidad se guardan para Él, renunciando, por tanto, al uso de la sexualidad (que no de la afectividad, insistimos), que se ha entregado en don a Dios; mientras que en la persona casada, al entregar su cuerpo a otra persona humana, las manifestaciones corporales de la sexualidad se orientan y reservan solo para esa persona, con exclusión de cualquier otra.

"La unión en una sola carne se hace, entonces, unión de toda la vida, hasta que el hombre y la mujer se convierten también en un solo espíritu. Se abre, así, un camino en el que el cuerpo nos enseña el valor del tiempo, de la lenta maduración en el amor".

"Desde esta perspectiva, concluyó el papa, la virtud de la castidad recibe un nuevo sentido. No es un 'no' a los placeres y a la alegría de la vida, sino el gran 'sí' al amor como comunicación profunda entre las personas, que exige tiempo y respeto, como camino hacia la plenitud y como amor que se convierte en capaz de generar la vida y de acoger generosamente la vida nueva que nace".⁴

*La castidad matrimonial **no es** la represión del instinto o del afecto por la continencia o ausencia de relaciones sexuales y afectivas, sino ordenar, reconducir, integrar los dinamismos instintivos y afectivos en el amor de la persona, es la virtud que permite asegurar el dominio del propio cuerpo para que sea capaz de expresar la donación personal⁵.*

Por lo tanto, la castidad matrimonial no consiste en negar, sino en recoger la sensualidad y la afectividad y dirigir las al amor, es decir, a la persona amada. Son, pues, actos de castidad matrimonial todos los que ayudan a incrementar el amor: besos, caricias, llamadas, sorpresas, cuidado, ternura, cariño, pasión, relación sexual — incluidos los actos preparatorios que la han de humanizar y rodear de un clima de atracción mutua—, cuidado personal para hacerse atractivo a nuestro cónyuge... En definitiva, consiste en fomentar con nuestra esposa todo aquello que hemos de evitar con las otras mujeres.

Ahora bien, junto a los actos de afirmación y como consecuencia de la elección hecha, hay un elenco de actitudes preventivas que ayudan a asegurar el amor. Tomás Melendo, en "Asegurar el Amor", da un criterio muy interesante: *"se relacionará con personas del sexo complementario: compañeras de trabajo, secretarias, alumnas, coincidencias en viajes... y las tratará con delicadeza y deferencia. Pero ninguna de ellas debe ser tratada en cuanto mujer —poniendo en juego su condición de varón, que ya no le pertenece—, sino exquisitamente en cuanto persona: todo lo que yo hago con mi mujer justamente por ser mi mujer debo evitarlo a toda costa con cualquier otra: lo que comparto con ella por ser mi esposa no puedo*

⁴ Benedicto XVI, Loc. cit.

⁵ La familia, santuario de la vida y esperanza de la sociedad", Instrucción pastoral de la Conferencia Episcopal española, 27.04.2001

compartirlo con nadie más: (i) estar a solas en una habitación, aislarme en el coche, gozar de su compañía exclusiva desde que inicio un viaje de negocios o unas vacaciones; (ii) contar mis problemas personales y manifestarle los que surgen precisamente en relación con ella"...

Y junto a esto hay que alimentar un amplio ámbito de intimidad matrimonial, procurando reservar para nuestro cónyuge cualquier confidencia, y comunicándole los estados de ánimo, especialmente los bajos. Existe la equivocada creencia que con las mujeres físicamente menos agraciadas no existe peligro de ser tentado, y nada hay más lejos de la realidad, como lo demuestran, un día tras otro, las revistas del corazón. La atracción física de una mujer espectacular es, quizás, la tentación más fácil de evitar para un marido decidido a vivir la castidad y fidelidad matrimonial, pues no deja de ser una sugestión manifiesta, ostensible y fácilmente detectable. Más peligrosa es la que se va creando con pequeñas confidencias, espacios de intimidad que al principio parecen insignificantes (un problema de un hijo, un proyecto matrimonial que se contrasta, un consejo para el regalo a nuestra mujer...), pero que va tejiendo una red de "hilillos sutiles, cadenas de hierro forjado", que por su misma menudencia se hace difícil cortar y, a veces, casi ni se perciben, hasta que un día, en un momento de especial sensibilidad, con ocasión de un viaje profesional, o inmersos en un proyecto absorbente, podemos encontrarnos sin defensas y caer en lo que, por pura inconsciencia, ni siquiera habíamos llegado a prever.

Enrique Rojas, en "El Amor Inteligente", alerta contra este peligro: "Hay que estar atento a los *"sentimientos ingobernables. Inesperados*, que aparecen por sorpresa y pueden conducir a "enamoramientos no deseados": "uno se deja llevar y *más tarde resulta difícil* el camino de retorno. *Aquí me refiero a muchos enamoramientos de personas ya casadas o comprometidas, que se han introducido en otra relación sentimental, consintiéndola, siendo conscientes de ello, y por vanidad, juego, superficialidad o, simplemente, exploración de las propias posibilidades de conquista llegan a ser incapaces de regentar o controlar la nave emocional.* Acaudillar la vida afectiva es una de las manifestaciones más decisivas de la madurez de la conducta de una persona (...) *Sabiendo que la fidelidad no se la juega uno a la carta, en un día concreto, sino que está hecha de pequeñas lealtades (...)* El hombre poco maduro sentimentalmente depende de los deseos y de la ocasión. *El maduro sabe defenderse de aquello que de pronto asoma en su paisaje afectivo, puesto que se ha empleado en la tarea de acorazar y asegurar el amor escogido y establecido libremente, con el compromiso que éste lleva. En el amor adolescente esto no se hace, pues no está de moda, pero sería bueno cuidarlo (...)* No es un

transeúnte. No va de paso, asomándose a una y otra persona, buscándose más a sí mismo que al otro. Por eso el amor es comprometido; por eso siempre se experimenta una inevitable pérdida de libertad. Da alas y las quita. Abre una puerta y cierra una ventana. Amar es anunciar, quedarse atrapado por alguien que merece la pena para uno. Pero amar es también renunciar a otras posibilidades y, por supuesto, a uno mismo.”

3.3.- Amor fecundo. Apertura a la vida

Relacionada con esta virtud esta la fecundidad (un amor abierto a la vida). Es esta una exigencia natural del amor, de todo amor. Todo amor es fecundo: espiritual y materialmente fecundo. La esterilidad nunca ha sido atributo del amor. No es cicatero ni mezquino: *la medida del amor es amar sin medida*, decía San Agustín. Un amor que se basa en el cálculo, en el recuento, en la limitación es un amor que se niega a sí mismo. Todo amor se desborda, va más allá, invita a salir de uno mismo, es rico en detalles, en atenciones, en tiempo, en dedicación..., y también en hijos, por lo menos en la intención. Es más, el cauce natural, específico, el más propio, el que distingue al matrimonio de los demás amores humanos es, precisamente, esta posibilidad de transmitir la vida: los hijos. En este terreno, por lo tanto, lo propio del amor es la fecundidad espiritual (la material, también, pero no siempre depende de nosotros). Todo dice fecundidad en la relación sexual, y un amor matrimonial que negara de plano la posibilidad de transmisión de la vida sería un amor muerto, que se niega a sí mismo y, desde luego, no sería matrimonial. Cuestión distinta es el número: ¿quién puede poner número al amor?..., más aún, ¿quién puede juzgar y cifrar el amor de otros? Hay que ser muy cauto y no juzgar nunca, pero el principio ha de quedar claro: lo propio del amor es la fecundidad, no la esterilidad.

Este principio general de la fecundidad se proyecta sobre toda la relación sexual y, en particular, sobre los actos íntimos, no exigiendo que cada uno de ellos sea fecundo, pero sí imponiendo un respeto a la naturaleza propia de dichos actos. El amor matrimonial, además, exige acoger al otro íntegramente, es decir, a la entera persona del otro con supresión de toda reserva, lo que impone aceptar también su potencial fecundidad. Esta aceptación sin reservas ha de llevar a adaptar nuestra relación sexual a los ritmos biológicos de la fecundidad según la naturaleza humana y no a ajustar esta última a nuestro deseo. De este modo, cuando determinadas circunstancias aconsejen rebajar el principio general de la fecundidad en relación con la transmisión de la vida, será legítimo acudir a métodos de regulación de la fertilidad que sean respetuosos con la dignidad de la sexualidad humana, es decir, que no reduzcan el grado de aceptación

y acogida íntegra de la persona amada. En cualquier caso, estos métodos son mucho más que métodos y explicados solo en este aspecto 'técnico' pueden malinterpretarse: hay detrás de ellos toda una antropología de la sexualidad humana que se desarrolla a lo largo de un curso y que conviene conocer con el necesario detenimiento.